



En su Mensaje para la Cuaresma, Francisco pide “abrir las puertas” al necesitado. En Madrid, el sacerdote Jorge de Dompablo lo hace desde hace 30 años. Hoy vive en su casa con 14 jóvenes, casi todos subsaharianos.

Historia de otra  
**FAMILIA**



**MIGUEL ÁNGEL MALAVIA.**

**FOTOS: JESÚS G. FERIA**

**E**n un punto del extrarradio de Madrid, a medio camino entre las vías del tren y el zumbido de los coches que cruzan la autopista, vive una familia numerosa. La componen 12 jóvenes subsaharianos (muchos de ellos llegaron a Europa en patera, carecen de papeles en regla, buscan trabajo y han pasado por la amarga experiencia de estar reclusos en un CIE) y tres españoles. Uno de ellos, **Recio**, ha pasado media vida en la cárcel o combatiendo contra la droga. **Mariano** es el último en incorporarse a este hogar, llegando el día antes de la elaboración de este reportaje. El patriarca de este peculiar clan es **Jorge de Dompablo**, sacerdote diocesano de Madrid.

Tras pasar por varias parroquias de la capital (actualmente es el administrador parroquial de Nuestra Señora de la Guía, frente al hospital de La Paz), Jorge nunca ha dejado de definirse como “un cura de barrio”. En el corazón mismo de su vocación, y de su vida entera, está la necesidad de vivir en comunidad. Tal vez sea por ser el noveno de 14 hermanos (el primogénito, **Manolo**, corresponsal de EFE en Italia, fue quien dio la primicia mundial del asesinato de **Aldo Moro**, pudiendo entrevistarle poco antes de morir), por criarse “en un barrio conflictivo” (como Caño Roto, en Carabanchel) o por su propia experiencia como seminarista, lo cierto es que vive el sacerdocio como no es habitual en las hornadas que se preparan para el presbiterio en la mayoría de seminarios de España desde los años 80. “Por suerte –afirma con sorna–, >>

# NUMEROSA

» me salvé de la involución que vino después. El seminario de Madrid que yo conocí, con el cardenal **Tarancón** como pastor y con **Juan de Dios Martín Velasco** como referente para todos, era un seminario en el que vivíamos en los barrios, y no todos juntos en un mismo edificio. Era un seminario abierto, encarnado, no separado del mundo”.

Tras ordenarse hace 30 años, Jorge fue párroco en Hortaleza y en San Blas, en un momento en el que la droga golpeaba con mucha dureza a cientos de jóvenes que vivían en esos barrios. En ese momento, él, que no concebía vivir solo en una casa entregada por la diócesis por el hecho de ser el sacerdote, decidió ser consecuente con su estilo de vida comunitario y la abrió a esos jóvenes cuya situación era límite: “Junto a otro cura, acogíamos a esas víctimas de la droga y, con otros chicos, creamos *Radio Enlace*, una emisora para ellos. Para mí era un regalo, algo realmente bonito, el poderles acompañar en sus momentos de debilidad, en sus recaídas, en el rechazo que recibían de otros... También en los instantes buenos, de esperanza, cada uno con su propia historia, que, de algún modo, también era ya la nuestra. Gracias a todos ellos, en vez de endurecerse el corazón, se me ablandó”.

Con el paso de los años y de las parroquias de Madrid a las que era enviado, Jorge hubo de afrontar todo tipo de problemáticas, siempre las propias de cada barrio. Por ejemplo, en la parroquia de San Jorge, cercana al Santiago Bernabéu, en un contexto en el que la pobreza era menos visible pero existía con consecuencias dramáticas para muchas personas sin hogar, optó por llegar a los más jóvenes a través de un grupo de reparto de bocadillos que

con el paso de los años, mucho después de su traslado a otra parroquia, se ha mantenido y ha ampliado sus miras. De hecho, esa iniciativa original evolucionó hasta salir de su propio ámbito y llegar a la Cañada Real, el principal núcleo de marginalidad de Madrid, a varios kilómetros de la capital. Hasta ahí van cada semana cientos de jóvenes para repartir bocatas y pasar un rato con quienes acuden a comprar droga allí, tratando de conocer realmente su situación.

Hace 20 años, Jorge se encontró con que era otra la realidad que debía afrontar: la inmigración. “Primero eran marroquíes y luego han sido en su mayor parte subsaharianos. Pero, en todos estos años, me he ido encontrando con todo tipo de chicos marcados por historias terribles, sin esperanza ni un sitio al que ir. Por aquel entonces ya había conseguido que Adif-Renfe y el Canal de Isabel II nos alquilaran esta casa para vivir yo en ella con personas en situaciones límite. Entonces, un chico que vivía aquí, preso de la droga, nos llegó a quemar la casa. Estuvimos un par de años fuera, pero cuando la reabrimos ya ha sido poblada en su mayor parte por jóvenes subsaharianos”.

### Una vida compartida

Sus actuales 15 ocupantes (ha llegado a haber otros siete en estos años) viven con lo justo, sin grandes lujos, pero sí con una total dignidad y en un hogar marcado realmente por el calor de la vida compartida en fraternidad. La mayoría residen en la casa principal, aunque ya están reconstruyendo otra. Ambas eran viviendas abandonadas, reformadas ahora completamente. Además, dos de ellos duermen en sendas caravanas en el patio. Cuentan con un jardín y hasta con



Thierry (Camerún)



Razak (Ghana)



Hassan (Ghana)



David (Malí)

gallinas. El paraje, un remanso de paz en medio del bullicio de los coches y los trenes, es tan acogedor que, desde la primavera y hasta que llega el frío, organizan cenas los fines de semana con los amigos que les ayudan en el sostenimiento de la casa. “Esto se mantiene –cuenta Jorge– con mi sueldo, con apoyo de Cáritas Diocesana y con el de las parroquias por las que he pasado y sus familias más comprometidas con nosotros. Nos dan dinero, ropa, muebles... Luego, buscamos que parte de esa ayuda vaya destinada a las familias de los chicos. La gran mayoría no han vuelto a ver a los suyos desde que abandonaron sus países, algunos hace muchos años”.

Por eso, cuando pueden, invitan a comer con ellos y a pasar un rato divertido a quienes, como amigos, son ya parte de esta familia numerosa. “Hasta hemos llegado a celebrar aquí una boda con más de 300 invitados”, recuerda entre risas Jorge. También ha estado el cardenal de Madrid, **Carlos Osoro**, con quien algunos de los chicos pudieron además compartir un rato de confianzas en la última celebración juvenil en La Almudena. Otro gran amigo de todos es **José Antonio Fernández Revuelta**, cura de Madrid jubilado que viene dos veces por semana a darles clases de español.

La casa, en su humildad, está decorada con fotos de todos ellos y con numerosos motivos africanos. Se reparten las tareas del hogar y, por supuesto, el musulmán que quiere rezar a su Dios dispone de total libertad para ello. “Aquí –enfatisa Jorge– se trata de responder a las necesidades de quienes necesitan un cuidado especial. No concibo decir a alguien ‘rezo por ti’ y luego no hacer nada por él... La oración plena es aquella que, también



con las obras, evidencia que todos somos hermanos". Por eso, incide, "esta casa no es un proyecto temporal. No es una casa de acogida en la que uno está seis meses o un tiempo determinado. Aquí vive el que lo necesita y por el tiempo que sea, hasta que logre solventar su situación. Si esto no ocurre, por mí pueden vivir aquí toda la vida".

En las dos horas de conversación con esta revista, sacando

hasta una sonrisa o una carcajada en mitad del dolor por recordar, los siete habitantes que en el momento en el que se realiza el reportaje se hallan en la casa, narran su propia historia:

▪ **Thierry (Camerún):** "Salí de mi casa hace seis años. Hube de cruzar por Nigeria, Níger y Marruecos. Fue un viaje muy duro, en el que me sucedieron todo tipo de cosas. Llevo tres años en España. Tuve un

Jorge de Dompablo, arriba a la derecha, rodeado por varios de los jóvenes en la casa que reforman

trabajo, pero, al perderlo, me quedé también sin casa. Estuve en la de un amigo en el barrio de Entrevías, pero también debí irme. Pueblos Unidos me acogió en un piso. A través de una de sus voluntarias, la religiosa **Brígida Moreta** (VN, nº 3.009), que también trabaja con Pueblos Unidos en el CIE de Aluche, conocí a Jorge. Ella es la que nos ha presentado a bastantes al padre, por lo que le debemos mucho. Gracias a Jorge, aquí tengo un hogar, una familia con la que soy muy feliz. Si tengo que dar un mensaje a la gente, es que, si pueden ayudar a quienes no tienen nada y Dios les ha dado los medios para ello, tienen que hacerlo. Eso es lo que yo he visto en Jorge".

▪ **Razak (Ghana):** "Dejé mi país hace ocho años. Tras pasar por Mauritania, llegué en patera hasta Canarias. Lo he pasado muy mal... He estado sin trabajo, sin casa y sin papeles. También estuve un tiempo en el CIE de Aluche. Gracias a Pueblos Unidos, supe quién era Jorge. En esa época yo era aparcacoches frente al hospital Ramón y Cajal de Madrid. Me dedicaba a ello junto a varios compatriotas, algunos de los cuales vivían con él en esta casa. Aquí estoy muy bien, mi vida ha cambiado. Trabajo en un restaurante chino y ya tengo los papeles. Ahora solo me falta poder volver a ver a mi familia. Desde que me fui no he vuelto a verles... Son ya ocho años. Al menos, con la ayuda de muchos buenos amigos, podemos enviarles ropa y dinero".

▪ **Hassan (Ghana):** "Vine a España hace cinco años con mi tío, instalándome en Mérida. Ahora tengo 21 y acabo de ser padre por primera vez, aunque mi mujer y mi hijo siguen en Ghana. He tenido que volver estos años varias veces a mi país porque no consigo arreglar mi documentación. Estuve >>>

» en un centro de protección de menores entre los 16 y los 18 años, en Ciudad Real. Cuando pude salir, no encontré trabajo. En Madrid, con Razak y otros compañeros, trabajo de aparcacoches en el Ramón y Cajal. También pude estudiar en un colegio de Fuencarral gracias a una entidad religiosa que me ayudó, pero no pude terminar mis estudios. Otras asociaciones que me han atendido han sido Karibu y Cruz Roja. Llevo dos meses viviendo con Jorge y el resto de los compañeros, y estoy muy bien, aunque me falta conseguir un trabajo y un permiso de residencia”.

■ **David (Mali):** “Llegué a España hace diez años, aunque ya lo intenté entre 2004 y 2005, cuando estuve en Marruecos, pero no pude entrar. En 2006 conseguí entrar a Canarias en una patera. Fui hasta Almería y trabajé tres años en un invernadero. Con eso debería haber sido suficiente para conseguir los papeles, pero quien me contrató tenía deudas con Hacienda y el contrato no tuvo valor. Recorrí toda España, pero no encontré trabajo y, cuando sí lo tuve, al final resultó ser siempre con falsos contratos, por lo que seguí sin papeles. En Madrid, una asociación me acogió durante seis meses, pero después volví a la calle. Gracias a Pueblos Unidos he conocido a Jorge, que me trajo a esta casa hace dos meses. Sigo sin trabajo ni papeles, pero estamos buscando y tengo esperanzas de que salga algo. Mientras, aquí estoy muy bien”.

■ **Emmanuel (Ghana):** “Llegué a Libia hace cuatro años. Estuve tres meses, pero con la guerra debí marcharme. Pasé a Italia tras estar en una patera un día y medio junto a otras 150 personas. Estuve en un campamento de refugiados en Lampedusa y en otro en Sicilia. Allí no estaba bien,

era muy duro. Conseguí hablar con un primo mío que vivía en España, en esta casa con Jorge. Ellos organizaron todo para poder traerme. Estaban dispuestos a ir a por mí, pero al final pagaron 400 euros y desde el campamento me mandaron en barco a Barcelona, viniendo luego a Madrid en autobús. Al llegar a la estación, me estaban esperando mi primo y Jorge. Llevo tres meses aquí. Todavía no tengo trabajo, pero ya hemos iniciado las gestiones para conseguir mi pasaporte y poder así empadronarme”.

■ **Roland (Ghana):** “Hace ya 13 años que me fui de casa y aún no he vuelto a ver a mi familia. Me marché porque, al terminar de estudiar, no había posibilidades de trabajar. No teníamos nada y solo nos quedaba tratar de sobrevivir. Viajé por Togo, Níger y Libia, donde crucé hasta Italia en una patera. Íbamos 27 personas y estuvimos cuatro días en el mar... Estuve tres años en Italia, pero no encontré trabajo. En 2007 vine ya a España. Conseguí un empleo durante un año, pero lo perdí y acabé en casa de un amigo en Castellón. En Madrid he vivido en un albergue en Carabanchel. Lo he pasado muy mal. Pueblos Unidos me puso en contacto con Jorge, a quien le estoy muy agradecido por acogerme hace



un mes. Sigo buscando trabajo y tener así al fin permiso de residencia. Aquí me acompañan mucho en todo ello”.

■ **Recio (España):** “Hasta ayer, cuando se incorporó Mariano, era el único español, junto a Jorge. Soy de Valencia. Mi vida ha estado marcada por la droga, la delincuencia y la cárcel. Fuera de ella, hasta ahora no tenía una familia ni un techo. Cuando estaba a punto de salir de prisión, tenía un cierto miedo de enfrentarme a la sociedad. A través de la Comunidad Incontro, que me ha acompañado muchísimo en la cárcel de Albacete con su programa de rehabilitación de



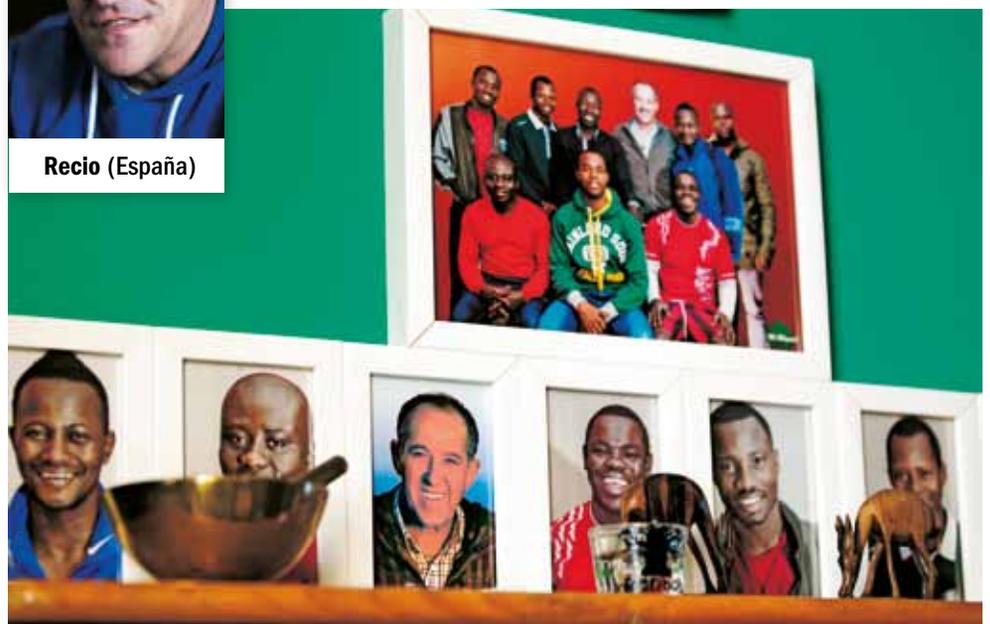
Emmanuel (Ghana)



Roland (Ghana)



Recio (España)





## Caminos de la regularización

JOSEP BUADES FUSTER, SJ. (SERVICIO JESUITA A MIGRANTES)

Las personas extranjeras que se encuentran en situación irregular en España disponen de algunas vías para que se les regularice la situación: esto es, para que se les conceda una autorización de residencia temporal sin necesidad de obtener previamente un visado y, por lo tanto, sin necesidad de salir de territorio español. Se les concede en atención a circunstancias excepcionales previstas por la Ley de Extranjería (artículos 31 y 31 bis) y desarrolladas reglamentariamente: arraigo, protección internacional, razones humanitarias, colaboración con autoridades públicas o razones de seguridad nacional o interés público. Merecen una mención especial otras circunstancias en las que también se concede la residencia temporal: mujeres extranjeras víctimas de violencia de género; personas que colaboran en la persecución de redes organizadas de tráfico ilícito de seres humanos, inmigración ilegal, explotación laboral o de tráfico ilícito de mano de obra o de explotación en la prostitución abusando de su situación de necesidad; así como víctimas de trata.

Las vías más frecuentes para obtener la regularización personalizada son las que responden a los tres supuestos

de arraigo: laboral, social y familiar. Cada una de ellas supone haber cumplido algunas exigencias con dificultad variable. Para que se conceda el arraigo laboral es preciso probar la permanencia continuada en España durante un período mínimo de dos años, carecer de antecedentes penales en España y en el país de origen o de residencia durante los últimos cinco años, y demostrar la existencia de relaciones laborales durante seis meses (como mínimo), presentando una resolución judicial o la resolución administrativa confirmatoria de un acta de infracción de la Inspección de Trabajo y Seguridad Social.

Las exigencias para que se conceda el arraigo social son parecidas: la misma respecto de los antecedentes penales, pero una permanencia continuada en España durante un mínimo de tres años, contar con un contrato laboral firmado por el trabajador y el empresario en el momento de la solicitud para un período que no sea inferior a un año, tener vínculos familiares con otros extranjeros residentes o presentar un informe de arraigo que acredite su integración social, emitido por la Comunidad Autónoma en cuyo territorio tengan su domicilio habitual.

Para acreditar vínculos familiares solo cuentan cónyuge o pareja de hecho, padres o hijos. Para acreditar el arraigo, es preciso probar el aprendizaje de la lengua, la participación en cursos de formación o en iniciativas culturales, en la vida asociativa o comunitaria. No es difícil obtener el informe favorable de arraigo. En cambio, resulta mucho más complicado conseguir un contrato de trabajo por un año en unas condiciones que le resulten admisibles a la Administración.

Los casos de arraigo familiar son más especiales: padres o madres de un menor de nacionalidad española, siempre que lo tengan a su cargo y convivan con este o cumplan con sus obligaciones paterno-filiales; o cuando se trate de hijos de padre o madre que hubieran sido originariamente españoles.

La Ley de Extranjería cuenta la protección internacional (asilo, protección subsidiaria...) como una de esas vías por las que se puede conceder una autorización de residencia temporal por circunstancias excepcionales. Es similar porque se aplica a personas que, normalmente, han entrado en territorio español sin un visado de residencia. Pero son personas a las que la legislación española, de acuerdo con la normativa internacional, se les reconoce la condición de refugiadas y el derecho a solicitar protección. A muchas de las personas a las que se admite a trámite su solicitud de protección, después de un largo proceso, no se les concede el asilo o la protección subsidiaria, por lo que quedan en situación irregular..., de modo que tienen que buscar las otras vías de regularización, cumpliendo las exigencias vistas y siempre con la amenaza de la expulsión.

La normativa de extranjería acierta en ofrecer estas vías de regularización. Y esto se comprobó durante un tiempo..., hasta que la crisis hizo difícilísimo conseguir un contrato de trabajo por un año. Y, en cualquier caso, la esperanza de regularización llega después de haber tenido que vivir algunos años en condiciones muy difíciles, normalmente padeciendo explotación laboral y siempre con la amenaza de la expulsión.

» la drogodependencia, conocí a Jorge. Cuando hablamos por teléfono, me habló con muchísimo cariño. Luego, al llegar a Madrid, vino a mí lanzado al recogerme en la estación. Me desarmó desde ese primer momento, me ayudó a quitarme la careta de dureza que me había puesto todos estos años, pues creo que tengo buen fondo y me gusta ayudar a los demás. Él encarna como nadie esa actitud de puertas abiertas, de auténtica acogida. En la casa,

donde llevo un mes, me siento en familia; y no es una forma de hablar. Todos somos diferentes, pero estoy muy a gusto con todos ellos, mucho más que con otras personas que he conocido fuera y que te pueden juzgar. A ellos les admiro al ver cómo luchan cada día por salir de situaciones muy difíciles. Además, no se olvidan de sus familias y hacen todo lo posible por mandarles ayuda y reencontrarse algún día con ellas. Yo también quiero encon-



El grupo posa en la fachada de la vivienda principal

## OPINIÓN

# Una auténtica Iglesia en salida

RUFINO GARCÍA ANTÓN. DELEGADO DE MIGRACIONES DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

Con mucha frecuencia, el papa **Francisco** habla de una “Iglesia en salida” que sale al encuentro, que busca a los alejados y llega a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos (*Evangelii gaudium*, nº 24). Y hace llamadas apremiantes para que no se convierta en una institución autorreferencial, que no haga más que mirarse a sí misma y que no tenga como objetivo principal el anuncio de la Buena Noticia liberadora de **Jesús**.

Pues bien, siguiendo esta llamada del Papa, que, por otra parte, es la llamada del Evangelio (“fui forastero y me hospedasteis”, Mt. 25,35), desde la Delegación Diocesana de Migraciones y desde otras muchas entidades de la Archidiócesis de Madrid (por no referirme a otras diócesis) se está trabajando muy activamente para mostrar el rostro de una Iglesia que acoge y abre puertas a quienes se topan con los muros que se levantan y con las fronteras que se cierran.

En esa línea de Iglesia samaritana que acoge y abre puertas son muy amplias y variadas las respuestas que se dan a los inmigrantes y refugiados en nuestro suelo: hacer visible su realidad (lo que no se ve, no existe); hacerla visible para estimular la sensibilidad (frente a la globalización de la indiferencia, la globalización de la solidaridad); unir

su voz a la de otros colectivos de la sociedad civil, para que esa voz tenga más fuerza y llegue a quienes tienen responsabilidades públicas; estimular y fortalecer la acogida, el encuentro y los vínculos en las comunidades cristianas y parroquias; responder con acciones concretas en espacios de acogida y acompañamiento a familias migrantes y refugiadas (me refiero ahora a algunos de esos espacios que ofrece la propia Delegación de Migraciones: el Servicio de Documentación y Apoyo Social, el Servicio de Educación y Formación, los Centros de Promoción y Encuentro, los cursos para la obtención de la nacionalidad española, las capellanías...).

Destacaría también el papel de la Mesa por la Hospitalidad, que, creada en septiembre de 2015 por el hoy cardenal de Madrid, **Carlos Osoro**, coordinada por el vicario de Pastoral Social e Innovación, **José Luis Segovia**, y formada por diferentes entidades eclesiales (Cáritas, CONFER, Servicio Jesuita a Migrantes, Comunidad de Sant’Egidio, Justicia y Paz y la Delegación de Migraciones), da respuesta de una forma colegiada a la realidad de las personas inmigrantes y refugiadas, al reconocimiento de sus derechos y su dignidad como hijas e hijos de un mismo Padre.

Sin caer en la autocomplacencia, hay que reconocer que se hacen bastantes

cosas y seguramente se podrían hacer más, sin olvidar, eso sí, que el principio de subsidiariedad debe llevarnos a urgir a los poderes públicos y a las diferentes administraciones a que asuman sus responsabilidades. Nos sirven muy bien, en este sentido, las palabras del Papa en su Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado, recientemente celebrada: “Cada uno es valioso, las personas son más importantes que las cosas y el valor de cada institución se mide por el modo en que trata la vida y la dignidad del ser humano, especialmente en situaciones de vulnerabilidad, como es el caso de los niños emigrantes”.

Termino esta breve reflexión con las palabras de los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones en su mensaje con motivo de la Jornada antes mencionada: “Por último, aunque debería ser lo primero, es absolutamente necesario un nuevo orden económico internacional basado en el diálogo, la cooperación y la solidaridad entre los pueblos para que el mundo sea casa común de todos los hombres”. Este nuevo orden económico internacional –y social y político, añadiría yo– propiciaría la solución de los problemas en su raíz, de tal manera que nadie se viera obligado a salir de sus países y se buscaran soluciones estables, permanentes y justas”.



trar un trabajo, pero Jorge me acompaña muy sabiamente y me pide que vaya poco a poco, que primero me resitúe y me adapte a mi nueva vida”.

■ **Del resto de compañeros de la casa**, que no están mientras se elabora este reportaje precisamente por estar trabajando, habla Jorge con un cariño que le brota del corazón: “**Kofi, de Ghana**, es el primo de Emmanuel que lo trajo aquí. Lleva siete años en la casa y está a punto de salir para vivir en un piso muy cercano a este, pues no se quiere separar de nosotros. Ya tiene coche (en total, cinco han conseguido el carnet de conducir) y trabaja desde hace un año en una empresa de limpieza. **Bismarck, de Ghana**, se acaba de ir al haber encontrado un trabajo estable. Pero es como si siguiera viviendo aquí, pues viene a comer y pasa mucho tiempo con nosotros. **Barry, de Guinea Conackry**, también ha podido independizarse y ha conseguido traer a su mujer y su hija, esperando además ahora a otra. Trabaja de interno en una casa, encargándose de las tareas del servicio y haciendo de chófer. También viene constantemente a la casa y su mujer asiste a las clases de español de José Antonio. **Mamadou, de Senegal**, lleva tres años en la casa y trabaja en una empresa de limpieza. **Osei,**

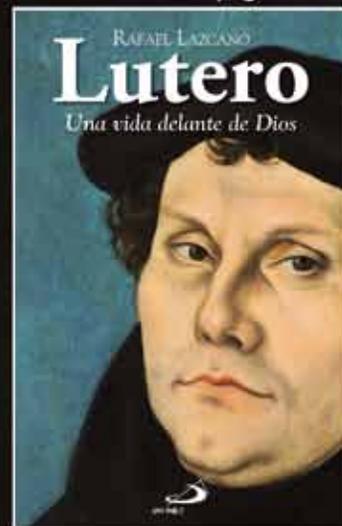
**de Ghana**, llegó hace seis años y, tras ser aparcacoches en el Ramón y Cajal, ahora trabaja en la construcción. Ha ahorrado dinero y ahora mismo está de viaje en su país, viendo al fin a su familia. **Sadio, de Guinea Conackry**, lleva siete años en la casa. No ha podido conseguir trabajo aquí, pero se gana la vida como puede. Compra de vez en cuando un camión y viaja con él a su país, donde lo vende y vuelve luego en avión. Mientras, aprovecha cada viaje para llevar la ropa y las cosas que recaudamos para las familias de los chicos. **Isaac, de Malí**, llegó hace dos años, aunque en España lleva desde hace 14 años. Su mujer y su hija viven en su país. Estuvo mucho tiempo en paro, pero ahora trabaja en la embajada de Malí en Madrid. **Isaac, de Ghana**, ha trabajado con los otros compañeros de Ghana en el parking del Ramón y Cajal. Allí fue donde lo conocí y, tras invitarle a comer a casa, ya se quedó. Ahora trabaja unas horas en una furgoneta para llevar a los mayores a un centro de día. **Bonsu, de Ghana**, lleva siete años con nosotros, aunque un tiempo estuvo viviendo en Manzanares del Real al tener un trabajo allí. Hoy está como obrero. A **Hammed, de Ghana**, todos le llaman Rasta. No vive en la casa, pero pasa aquí mucho tiempo al ser amigo de todos. Cuando se iba a quedar en la calle, un joven de mi parroquia lo acogió en su casa y vive con él”.

Este último caso ejemplifica hasta qué punto esta es una familia muy especial y la fraternidad se contagia. Como reclama **Francisco** en su Mensaje para la Cuaresma o en su último video-mensaje, Jorge no hace un *mannequin challenge* y sí sale al encuentro de los otros. Y no lo hace solo, sino que su paso audaz es acompañado por muchos de los que le rodean. ●

# Lutero



272 págs. • 14 €



## Rafael Lazcano

¿Quién fue Lutero? ¿Cómo eran la Europa y la Iglesia en su época? ¿Cuál era su pensamiento teológico? A estas preguntas da respuesta, con objetividad y espíritu ecuménico, esta biografía. Una obra esencial para comprender la figura de este hombre complejo y fascinante.

### V Centenario de la Reforma